

Epitáfio de un Náufrago

Escribí con la tinta que me sobraba, y cuando no quedaba una sola gota, mi sangre terminó de plasmar el epitafio de mi tumba. Recordé su bello amor, su forma de mirar, mis ojos que brillaban gracias a su luz, su voz cálida que, al susurrarme, derretía el iceberg que una vez había creado en mi interior y que, con el tiempo, ella logró evaporar.

«Sé fuerte en otro lugar que no sea este, no merecemos la pena», puse en mi tumba, en la última carta que le escribí y en el último verso que no conseguí citar por vergüenza. Perdón si fui así; el amor no se encuentra en lugares como el infierno, aunque entré a mirar para pasar el rato.

En mi memoria quedaron sus hábitos raros, su rostro por la mañana, sus discusiones tontas y, sobre todo, su mirada despectiva que mostraba de vez en cuando. Me llenaba el vacío recordarla, casi tanto como observar sus fotos en nuestro banco habitual mientras el sol se ponía. Sabía que, mientras una parte de mí la añoraba, otra se destruía, y mis esperanzas zarparon en dirección contraria a mis decisiones.

Ya no son las mismas. El miedo me había invadido, se estaba aprovechando de mí, y pido disculpas a la esperanza, a la que dejé que se marchara sin siquiera preguntar por qué se iba o adónde iba.

Perdón si lees esto; sé que parezco alguien común que se pasea por el infierno constantemente, pero no, no soy así, aunque pretenda parecerlo. Me escondo, y lo haré hasta que esté bien, hasta que el demonio deje de seguirme, de susurrarme y de hacerme recordar. Ni siquiera rozaré el cielo si no es contigo.

Tu presencia me confundía, y mucho más tu olvido hacia mí. No habíamos pasado por mucho, ni por nada en especial, ni habíamos hecho

cosas por los dos; no éramos nadie ni seríamos nadie. Desconocidos que una vez parecían conocerse.

En cuanto a mí, odio hablar; me odio por no darte lo que necesitabas, por no estar casi nunca, por estar pendiente de mis cosas. Era consciente de que no era lo correcto, pero seguí. Nadie nunca había dicho que fuera culpa tuya; no lo era.

Sigo disgustado, decepcionado conmigo mismo por perder a mi luz y por perderme. Mi alma vaga sola en una ciudad casi tan vacía como mi corazón, que una tarde de invierno dejó de latir, todo por aquella despedida que apagó el último rayo de luz que reflejaba mi esperanza, la cual guiaba mi corazón hacia buen puerto. Cuando aquel destello desapareció, me perdí en el mar. Ahora navego por mis recuerdos, en completa tranquilidad y en una soledad que quiere ahogarme. Soy un náufrago en el mar del pasado que vivimos.